



Año III

Madrid 16 de Noviembre de 1899.

Núm. 136.



JOSÉ DE LARA (*Chicorro*)

ÚLTIMO RETRATO HECHO EN BARCELONA EL DÍA DE SU DESPEDIDA

(De fotografía del Sr. Valdés.)

# Guasa viva.

A mi antiguo y buen amigo Luis Carmena.

¡Un excelente artículo, querido Luis, me ha traído á la memoria el hecho de aquel baturro que asistía á un melodrama en Zaragoza, y al ver la primera barrabasada del traidor le arrojó á la cabeza el garrote que llevaba siempre consigo.

—¿Por qué le tiras la estaca, maño?—le dijo uno de sus amigos, ya ducho en achaques de «comedias».

—¡Otra que Dios!—respondió el primero;—porque no tengo la pistolica pa tirale un tiro.

—Pero, chiquío, ¿no ves que to eso es de mentiricas?

Tú, como el baturro del cuento, tomas en serio el espectáculo y tiras el garrote á los barrabases de la lidia, sin ver que toda ella no es hoy más que un puro pitorreo, guasa viva.

Lo malo es que yo, sabiendo esto y estando bien convencido de que la enfermedad no tiene cura, hago también lo del baturro, y allá va, con la tuya, mi estaca á la arena.

¡No se reirán mal de nosotros todos esos individuos de la torería andante! Mientras haya horteras que les jaleen sus garapatuzas, ganaderos que no críen más que chivas y empresarios que les paguen á boca que pides, así se ocuparán ellos de nuestras catilinarias como nosotros del Emperador de la China.

Me preguntas mi humilde opinión sobre eso que, tal vez por darle algún nombre, llamas *pase barriendo los lomos*.

¡Qué quieres que te responda, si todo lo que pudiera decirte lo haces tú en el artículo en cuestión!

Ni eso es pasar de muleta, ni eso es lidia, ni los que lo practican toreadores (los toreros no existen hace tiempo), ni los que lo aplauden tienen «ropa» para ir á la plaza.

Recorrer con la muleta todo el lomo de un toro que sigue su viaje sin ocuparse del espada, acariciar después el rabo de la *fiera* y quedarse allí, metiendo la cadera ridículamente junto al trasero del bicho, ¡qué hazaña, qué *riñones* y qué estético!

—Por mi parte, cuando veo á los neo-aficionados aplaudir tan repugnantes mamarrachadas, créeme, amigo Luis, siento como el baturro de «autos» no poder usar la pistolica para quitarlos de en medio, en la seguridad de que hacía una buena obra; porque los que estimulan las mojígangas en el ruedo, los que se entusiasman con ellas, también se entusiasmarán con las mojígangas sociales y aplaudirán los huecos discursos de los que perdieron nuestras colonias, y las habilidades bufas de cuatro políticos ávidos de demostrar que aquí todos matamos á Meco, cuando ellos solos lo «despacharon».

Y mientras imperen los mamarrachos y no den señales de existencia los viriles, no hay redención posible, ni para España en general, ni para las corridas en particular.

La lidia hoy ofrece un aspecto repulsivo; ya no es la lucha del hombre con la *fiera*, de la inteligencia con la fuerza; es el asesinato del cornúpeto, hecho á mansalva por unos toreadores en cuadrilla.

Ya no se lucha con nobleza, con valor, con arte; en cuanto el bicho sale del chiquero, se destaca contra él la turba de lidiadores y empieza á recortarlo con rastros capotazos, que son las puñaladas traperas del combate.

Y viene luego una brega repugnante, un acoso imposible, una labor odiosa, sin más objeto que rendir al bruto entre todos, á fin de que llegue á la muerte destrozado, hecho una masa, sin fuerzas para campanear á un hombre, si éste sufre una cogida.

No quiero hablar de ciertas mezquindades, no quiero meterme en las *coulisses* de la plaza, porque entonces no encontraría frases bastante duras para zurrar á la torería, empezando por D. Rafael Guerra, cuando se llamaba *Guerrita*, y acabando por el último novillero. Con lo que ve el público hay bastante para el vapuleo.

¡Y me preguntas, querido Luis, tú que me conoces, qué me parece esa ridícula mojíanga de *barrer los lomos*! A mí, todo lo que en el espectáculo es artístico, me parece de perlas y lo hallo bueno; lo antiartístico siempre lo encuentro malo.

Cuando un picador, v. gr., cayendo bien sobre la silla, en gallarda postura, cita al toro, y al arrancarse éste se lo echa por delante, vuelve el caballo con la mano izquierda y deja al matador, colocado en aquel sitio, que saque al toro *por derecho*, eso resulta un cuadro hermoso, que inspiró á Ferrant y á B. nlliure y á Unceta y á Lizcano, y eso es bueno.

Pero si vemos al picador hecho un garabato, con el sombrero hasta la nuca, torcido, deforme á la vista, irse al toro rodeado de la cuadrilla y de los monos sabios, como reo á quien llevan al patíbulo, y cuando el bicho acomete pinchar en cualquier parte, entregar el caballo, agarrarse al olivo y dejar á toda aquella masa de *bregantes* que se hagan un lío para sacar al toro de entre los ensangrentados intestinos del penco, eso es antiartístico, y asqueroso, y de brutal grosería, y eso es malo.

Aplicando este criterio á todos los lances de la lidia, bien fácil es distinguir lo bueno de lo malo; basta tener un poco de intuición artística.

Y malo, rematadamente malo, cursi, antiestético, es casi todo lo que se hace con los toros *perdiéndoles la cara*.

Creo, Luis, haber contestado tu pregunta con claridad, aunque toda es poca es estos tiempos de mixtificaciones y distingos.

PASCUAL MILLÁN.



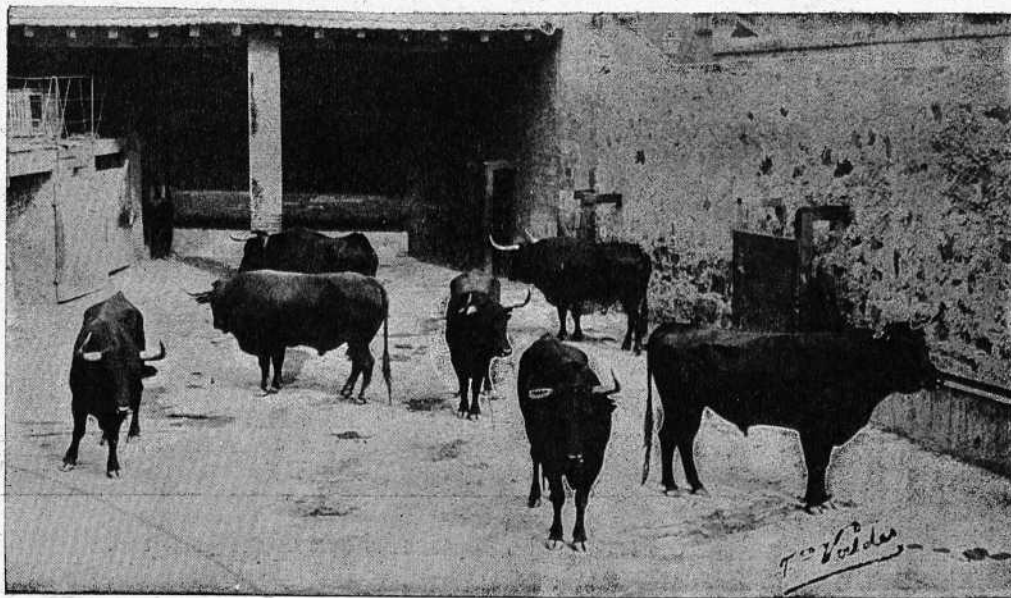


Corrida efectuada el 22 de Octubre.

Con toros de Miura y como espadas Mazzantini, Conejito y Velasco, se ha efectuado la última corrida de abono.

D. Eduardo ha presentado esta vez una buena corrida, en cuanto á lámína, si exceptuamos al primero, por lo anciano, y al segundo, por lo jovencito; pero ha dejado que desear en cuanto á poder y bravura, pues solamente los toros tercero y quinto merecieron el calificativo de buenos en el primer tercio, cumpliendo los restantes con más ó menos voluntad, pero sin excederse en codicia. Hasta 46 caricias admitieron, proporcionando 16 caídas y despachando 11 caballos. El toro cuarto fué el hueso, un verdadero *miurita*, y el sexto el mayor, como nobleza, no ofreciendo sus restantes hermanos dificultades imposibles de corregir.

Mazzantini empleó en su primero una faena de muleta algo desconfiada y por tanto movida, siendo únicamente aceptable un pase con la derecha, con el que comenzó la faena, quitándose de delante á su enemigo de media



Toros de Miura en los corrales de la plaza.

estocada algo delantera, que el bicho escupió antes [de entregarse al puntillero, escuchando el espada algunas palmas.

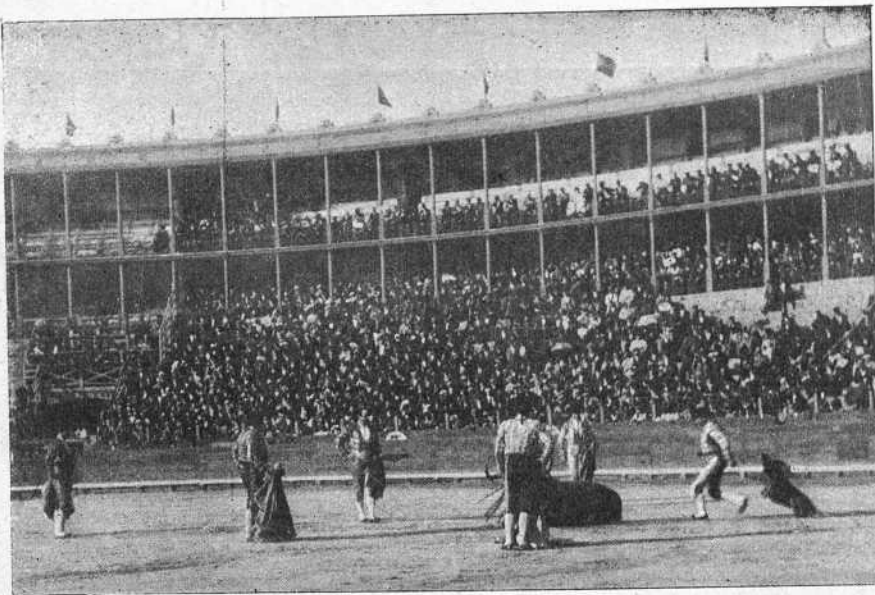
Su segundo fué el bicho que más trajo que matar. Así y todo, creo que se desconfió demasiado con la muleta y que no había para tanto cuarteo al meter el brazo, dejar media estocada ignominiosa (muy delantera, caída y atravesada) y salir por la cara, no solamente de naja, sino volviendo cuanto hay que volver.

La silba fué tan prolongada, que tuvo que *lastimarse* un pié para ingresar en la enfermería y no salir más.

*Conejito* fué el que llevó el gato al agua. Estuvo toda la tarde hecho lo que se dice un buen torero.

La faena de muleta en su primer toro fué más que nada de adorno al comienzo, y le valió aplausos, que se repitieron al emplear, con inteligencia, varios muletazos por alto para levantar la cabeza del bicho, que comenzó á humillar. Con el acero estuvo superior, pues una estocada corta, entrando bien, acabó con la vida de su adversario, siendo ovacionado y cortando la oreja del bicho.

En su segundo, á más de estar bien con la muleta, estuvo inteligente, siendo con justicia muy aplaudido en los pases de latiguillo para sacar al toro de la querencia que á las tablas había tomado. Señaló un superior pinchazo



Mazzantini después de doblar el primer toro.

en hueso, muy aplandido, y tumbó al minreño de media estocada en los altos, valiéndole merecidos y generales aplausos.

Con el capote fué también el héroe de la jornada.

En suma: una excelente tarde para el buen torero cordobés.

Velasco estuvo bien con la muleta en su primero, parando y rematando algunos pases, recibiendo algunas coladas, después, en otros.

Recetó media estocada buena, entrando bien, pero saliendo apuradillo y abandonando la muleta. *Pepín* sacó el estoque y el bicho se entregó a *Monsolú*.

La faena que empleó en el sexto no pasó de

aceptable, despachándolo de un pinchazo, entrando y saliendo bien, y una estocada corta, metiéndose por derecho y saliendo con limpieza, siendo aplaudido.

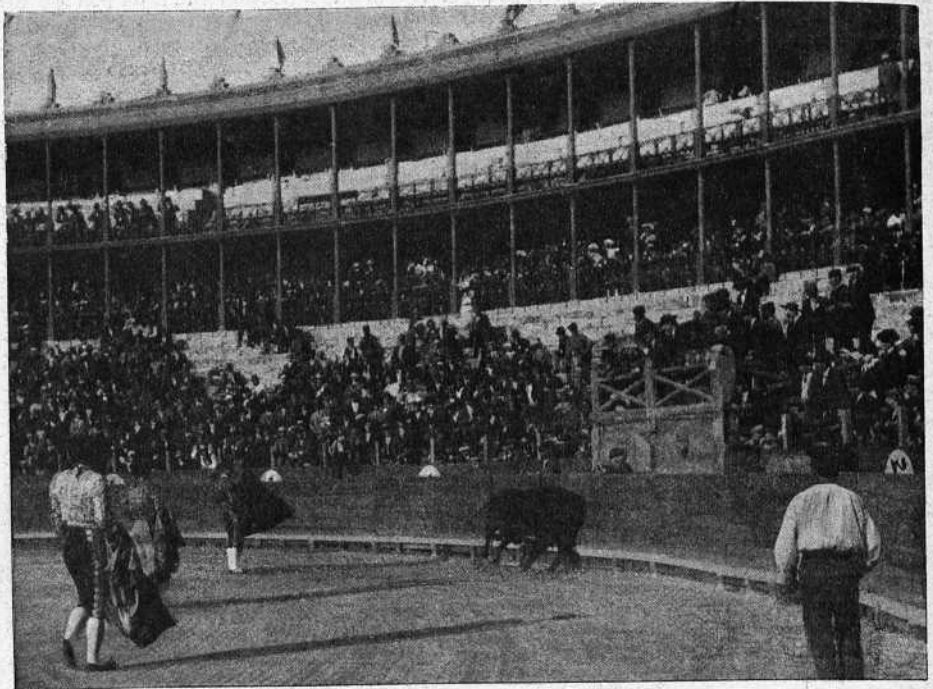
En quites, bien y adornándose a veces.

Los mejores puyazos correspondieron á *Aguilar*, que escuchó aplausos.

Los mejores pares los colocaron *Cerrajillas*, *Veguilla*, *Pepín*, *Galea*, *Baena*, *Zurdo* y *Bernardo*, por el orden indicado.

En la brega se distinguieron *Cerrajillas*, *Galea* y *Recarcao*.

La entrada, floja y buena la tarde.



Ovación á Conejito después de la estocada al segundo toro.

\*  
\*\*

Corrida efectuada el 29 de Octubre.

### Beneficio y despedida de «Chicorro».—Alternativa del «Jerezano».

Hoy es día de aplaudir exclusivamente.

No puede haber censuras para diestros que con tan absoluto desinterés han acudido á remediar la situación de un viejo compañero á quien la suerte le volvió la espalda hace muchos años.

Y para que sea día de tributar aplausos únicamente, hasta el público se ha hecho acreedor al de toda persona sensata.

Jamás se ofrecieron á mi vista cuadros más conmovedores en una plaza de toros; jamás vi más cariño, más pasión, más entusiasmo por diestro alguno.

Pero cariño, pasión y entusiasmo verdaderos, nada ficticio.

¡Espectáculo grandioso, conmovedor, solemne! ¡Lágrimas, frenesí y delirio mezclados con el afecto y la compasión! El veterano *Chicorro*, que por reveses de fortuna ha tenido que recurrir á su vejez á organizar un *beneficio*, no



podrá decir que éste le ha dado el resultado pecuniario que esperaba, pero, en cambio, puede tener el orgullo de exclamar:

—Las cariñosas ovaciones que he escuchado del público barcelonés han sido las más entusiastas, espontáneas y sinceras que se han dado en la plaza de toros de Barcelona, y tal vez en España!

¡Bien por los catalanes, que tan noble y caballerosamente han sabido respetar y considerar las canas del veterano espada!

¡Y bien también por los buenos compañeros, *Parrao* y *Jerezano*, que sin retribución de ningún género (pues ni esta cantidad abonará el beneficiado los gastos cuantiosos que ha tenido entre fonda y viajes hasta organizar el beneficio, y, á buen seguro, que quedará el beneficiado como estaba antes del beneficio.

¡Honroso comportamiento!

¡Caridad? ¡Desinterés? ¡Desprendimiento?... ¡Buscarlos en la gente torera!

Los modestos diestros *Antolín*, *Zayas*, *Liviano*, *Peronda*, *Gacha*, *Medina*, *Postigo*, *Pepín*, *Monsolín*, *Sastre*, *Colita*, *Pe León* y *Mareca* cedieron una parte de sus sueldos.

Ignoro el precio de los toros y lo que habrá cobrado la Empresa por el piso de plaza y servicio de caballos.

Lo que sí parece cierto es que la cantidad que le ha quedado al pobre *Chicorro*, después de tantas rebajas y del trabajo gratuito de los espadas, no pasa de la enorme suma de **1.270** pesetas.

Ahora bien; de toro de más tipo fué el segundo, y todos, unos más que otros, no hicieron más que cumplir en el primer tercio, aguantando, con más ó menos codicia, 41 varas, por 19 caídas y 12 caballos para el arrastre, pasando á los dos tercios restantes sin ofrecer grandes dificultades, quiero decir, sin malas ideas.

*Jerezano*.—De manos del beneficiado tomó las armas torcidas en medio de la aprobación del público, que amenizó el acto con aplausos.

Con tranquilidad al comienzo trasteó á su adversario (que atendía por *Colderero*, era de pelo negro meano y estaba señalado con el núm. 72) y algo más movido después de sufrir un desarme en un pase con la derecha, y aprovechando bien recetó media estocada muy buena que le valió generales palmas y la oreja del bicho.

Con el que cerró plaza estuvo breve y acertado con la muleta, y muy bien con el acero, pues con solo media estocada larga hizo morder el polvo á su segundo enemigo, siendo muy aplaudido y sacado en hombros del ruedo.

*Parrao*.—Aceptable fué la primera faena que empleó con *Alambrero*, escuchando palmas en el primer pinchazo que propinó. Dos pinchazos más señaló, derrotándole el bicho, que era burriciego, y arrancándose de largo, como debió hacer desde un principio, agarró media estocada muy buena, que fué aplaudida y bastó para que el bicho se entregara al puntillero.

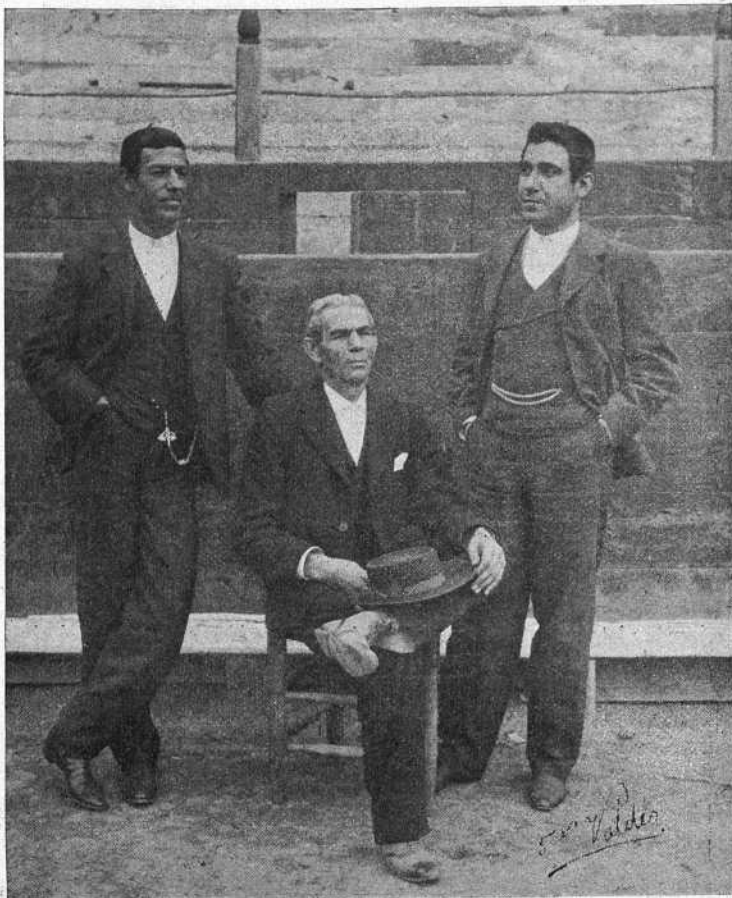
Con acierto toreó al quinto toro, teniendo poca fortuna con el acero, pues necesitó, para verse libre de *Perdigón*, media estocada bien puesta, aunque ligeramente perpendicular, entrando bien y perdiendo la defensa; media estocada corta, algo descolgada y con alguna tendencia; un pinchazo hondo, barrenando algo; dos pinchazos más, quedándosele el toro, y una estocada un poco delantera y atravesada.

El público, que comprendió su escasa fortuna, le aplaudió al retirarse al estribo.

*Chicorro*.—¡El héroe de la fiesta! Cuando en el toro tercero le devolvió estoque y muleta su sobrino *Manuel*, y se dispuso, montera en mano, á brindar á la presidencia la muerte de *Lumbrero*, negro zaino, señalado con el 40, el público, con rara unanimidad, gritó con verdadero interés:—¡Que no! ¡Que no! Pero el veterano *Chicorro*, con extremada energía, se impuso al público y á sus compañeros, que querían arrebatarle los trastos de matar, y después de pronunciar el brindis con visible emoción se dirigió en busca del de *Mira*, al que dió solo tres pases altos y lo hizo rodar como herido por un rayo de una estocada algo delantera y caída.

La ovación no tuvo límite y el entusiasmo fué incomparable. El público se lanzó al ruedo para abrazar y besar al viejo *José*, siendo cogido en brazos y conducido hasta bajo el palco presidencial. El ruedo se llenó de botas de vino, americanas, blusas, zapatos, gorras, sombreros y puros, y, por petición general, le fué concedida á *Chicorro* la oreja de la víctima.

¡Conmovedor espectáculo! ¡Hermosa manifestación de cariño! ¡A cuántos buenos aficionados ví con lágrimas en los ojos!



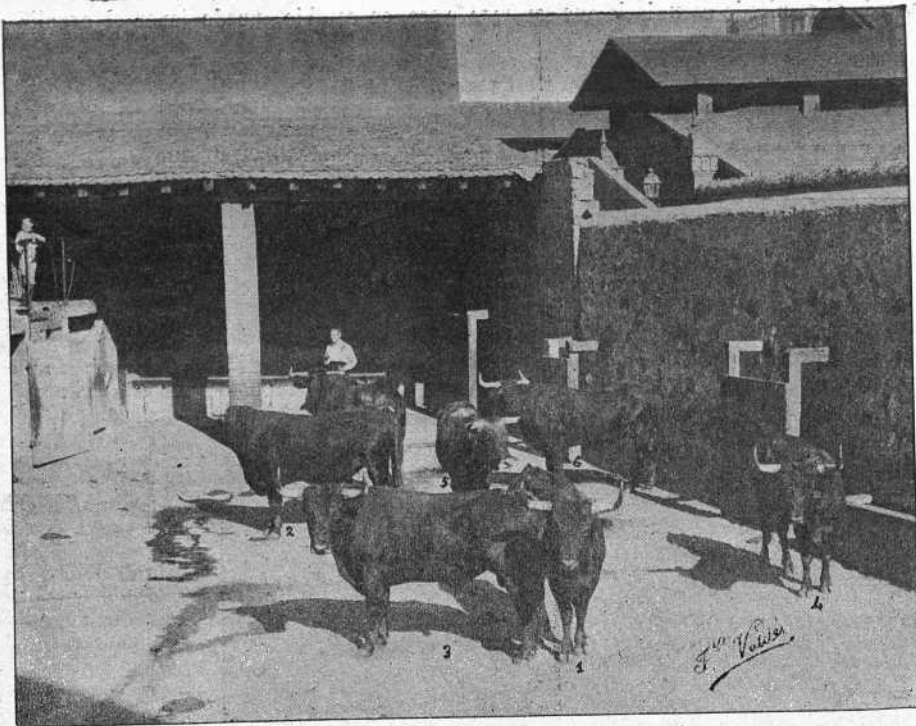
Grupo de *Chicorro*, *Parrao* y *Jerezano*, hecho la víspera de la corrida.

¡Venir aquí lleno de ilusiones para esto!

¡Pobre *Chicorro*! ¡Estoquear dos toros, á los 61 años, llenos de dolores, casi baldado, exponiéndose á una cornada, al menor descuido, para que á la postre no le venga á quedar ni la miseria que á un mal novillero!...

... Demos un corte á los comentarios del resultado del beneficio, y pasemos á dar cuenta de la corrida.

EL GANADO.—De *D. Filiberto Mira*, de *Olivenza*. Una corrida de regular presentación (teniendo en cuenta su precio y en la época que estamos), terciada, no muy bien de carniceras, pero sí bien apañada de herramientas. El



Toros de D. Filiberto Mira en los corrales de la plaza, señalados con el orden de lidia.

En el toro cuarto hasta se rejuveneció el amigo *Chicorro*, tal vez acordándose de sus buenos tiempos, de aquellos en que cortó la única oreja que se ha dado á diestro alguno en el coso madrileño.

Fresco, tranquilo, valiente, llegó hasta la cara del bicho, después de pronunciar con verdadera energía el característico *¡fuera todos!*, y en medio de los aplausos del público dió dos pases altos y uno ayudado (el que le valió una ovación y música), continuando con uno natural y otro ayudado, para señalar un pinchazo superior, con justicia aplaudido, repitiéndose la ovación al propinar una estocada que hizo morder el polvo á *Poderoso*, sin necesitar puntilla.

Se le concedió la oreja del bicho en medio de un diluvio de

cigarros y un entusiasmo jamás visto en esta plaza. ¿Cuándo podrá *Chicorro* echar en el olvido semejantes demostraciones de simpatía? ¡Nunca!

El público barcelonés también guardará en la memoria la despedida del veterano torero, con el que se ha con-

ducido como ya es imposible más afable y carifoso.

Lo repito: ¡bien por los catalanes!

*Parrao* y *Jerezano*, ayudando al beneficiado como á un padre, estando ambos muy bien en la brega y activos y adornados en los quites, por lo que escucharon continuos aplausos de la concurrencia.

Los picadores todos cumplieron.

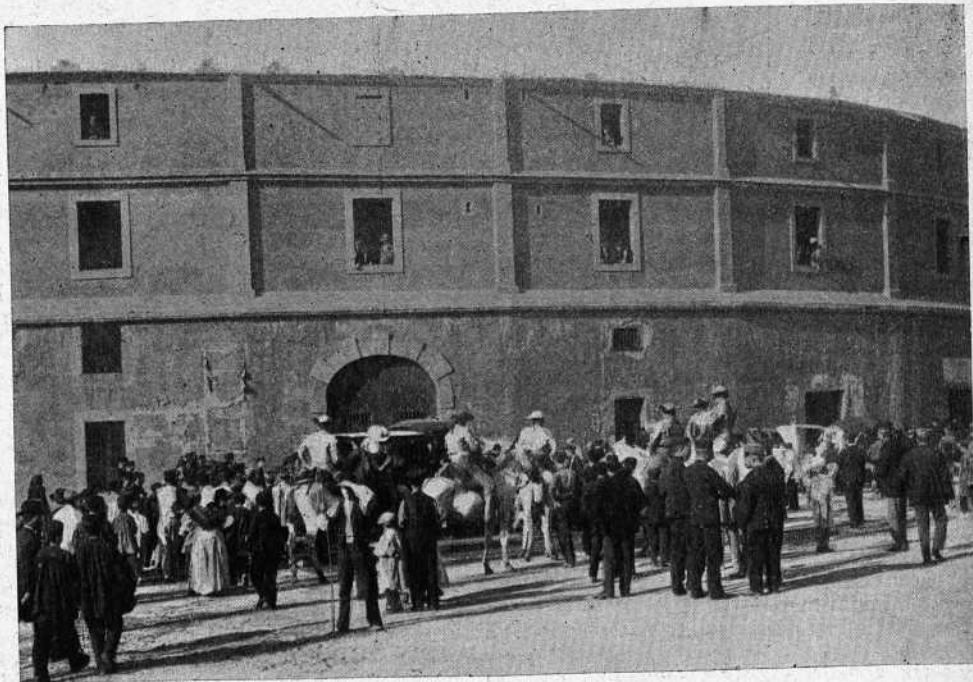
Los mejores pares correspondieron á *Pepín* y *Monsoñu*, que fueron ovacionados; después los agarraron también muy buenos *Peronda*, *Antolín* y *Zayas*, estando todos aceptables en la brega.

*Pepín* saltó con la garrocha el toro tercero, escuchando una ovación muy merecida y recibiendo un abrazo de *Chicorro*.

La presidencia, aceptable.

Buena la tarde y mediana la entrada.

El *Jerezano* mandó cortar la cabeza del toro primero para regalarla al distinguido aficionado de Jerez D. Vicente Romero Corona.



Llegada de las cuadrillas á la puerta de arrastre.

JUAN FRANCO DEL RÍO.



## Antonio Pinto.

Si de casta le viene al galgo. . . vaya un Pinto con enjundia torera para quien quisiese algo de él. ¡Qué brazo el de aquel hombre! Tan musculoso era que, según un amigo, muy dado á las hipérboles, costábale gran esfuerzo al *señor* Antonio doblarlo para con la mano rascarse la cabeza.

Los dedos de ambas manos eran tenazas, y apretón que él diera surtía el mismo efecto que dos planchas de hierro juntándose por el movimiento rotativo de un manubrio.

De su corazón no hay que hablar. Los toros eran para él caracoles que encogían la gaita si les echaba encima con toda la fuerza de su cuerpo la no pequeña intención que para esos casos reservaba en su magín.

Hombre sin compostura, de aspecto tosco, campestre, mejor dicho, tenía el temple propio del valiente sin pinturas ni jactancias, y hasta su lenguaje siempre pausado, escuchándose, le hacía simpático, porque como era francote y manifestaba pronto su manera de ser y discurrir, había que oírle y reír á menudo de sus ocurrencias referidas con toda la gravedad de un padre de almas; porque, eso sí, Pinto no la daba de gracioso, sino de hombre *mu reto y mu formá*.

Pero es que sin él querer hacían gracia sus cosas y se comentaban no sólo entre la gente torera, sino entre los aficionados que le trataban con alguna intimidación.

Por ejemplo, en cierta tarde de toros y estando picando él en la plaza de Córdoba, formando tanda con Frasquito Calderón, hubo de decir éste después de dar un buen puyazo á un toro:—«Para ser picador se necesita haber comió muchos años el pan de Alcalá.»

Pinto oyó la pretenciosa frase, y entrando en suerte se agarró tan bien con el toro, que, como si fuese un mono, se le echó por delante, abriéndole un tremendo agujero con la garrocha en la cerviz. —«Anda, anda, pa zé picaor se necesita bebé el agua de la fuente de los siete caños de Utrera.»

Calderón no quiso más indirectas.

¿Quién no recuerda aquel gutural sonido en escala ascendente que era complemento, dirélo así, del esfuerzo que hacía con el brazo derecho para recibir al toro con la garrocha?

—¿Por qué hace usted eso?—le pregunté alguna vez.—Y él respondía calmamente:—«Me lo encargó mi pare que les hiciera eso, y yo no lo orvío cuando castigo á los toros.»

Pinto era hombre á la antigua, es decir, que no presumía ni la daba de airoso ni elegante. Sus avíos de torear no cambiaban de hechura, y lo mismo vestía cuando joven que cuando, ya viejo, salía á las plazas á habérselas con las reses.

Recuerdo que por el año 1875 trabajó en Antequera una corrida de toros de Adalid y que el novel picador Juan Fuentes fué herido por el segundo toro en el tobillo derecho, teniéndoselo que operar el profesor mi amigo D. Francisco Carrasco, que decidióse, una vez partido el hueso, por extraerlo. Después de la corrida fui á la Fonda de la Castaña, donde paraba la cuadrilla, y pude enterarme por Pinto de lo ocurrido y del estado del paciente. Había que oír al *señor* Antonio:—«Ná, que los niños no quieren jacé caso de uno, y se puso una *mona* recortá pa está mejó. Y es lo que yo le ecía: mira, Juaniyo, que los picaores no salimo pa está bonitos, que nuestro oficio es mu duro y es menesté dir bien preparaos. No me jizo caso, y ahí está que sabe Dió si se queará cojo.»

Había que verlo en la prueba de caballos. Mientras los demás compañeros vestían el pantalón de punto ó de pana, y por sombrero usaban el de anchas alas de tipo cordobés, él se presentaba con bota de campo, calzona de tela rayada, de algodón ó hilo, y su chaqueta negra á estilo campañés y ancho sombrero de terciopelo forma de calañé carmonense, faja negra y camión con cuello de pasadores, que así el picador estaba en carácter y parecía lo que debía parecer: un tipo andaluz de la Tierra Baja.

Probaba sus caballos de *primera* y de *convenidad* sin jaleos ni carreras ni espolazos, ajustándose á lo suyo, al arte, á lo que necesitaba para dar cumplimiento á su trabajo por la tarde, bien montado en buenos caballos de fuerza y gran alzada, obedientes al hierro del bocado y con las demás condiciones para resistir á un picador que era muy dado á luchar de *peto á peto* con las reses, cargándose mucho sobre la pierna derecha y con una *reunión* al palo que vara que él pusiera bravo había de ser el toro y duro y pegajoso si no lo *rebajaba* al primero ó segundo puyazo, dejándose como una seda á los demás picadores.

Conocía Pinto como pocos el ganado vacuno, y se comprende con solo tener en cuenta que su niñez se deslizó en el campo, al lado de su padre el célebre varilarguero Juan y de su tío, que eran labradores del término de Utrera.

Perdido el miedo desde muchacho, sorteaba con manta á las becerras y becerros y las cogía á pitón tumbándolas con la mayor seguridad como el vaquero más duro y experto en estas faenas.





(De fotografía de Compañy, de Madrid.)

**JOSÉ GARCÍA (ALGABEÑO)**



Todo esto lo sabía el padre y no mostraba ninguna oposición; antes al contrario, complaciase en saber que su hijo era un valiente y lo aplaudía hasta el punto de comprarle un caballo de vacas para que aprendiese á acosar y derribar. Entonces tenía Antonio diez y siete años y se agarraba al capón como un ginete experimentado y habilidoso. Se ejercitó con la garrocha concurriendo á cuantos tentaderos se hacían en los cerrados donde pastaban las más afamadas ganaderías, y no sólo no se contentaba con aprender las formas distintas de derribar, sino que ensayábase en el modo de tomar las suertes, haciendo de cualquier árbol ó poste punto esencial para ejercitarse, imitando las maneras de su padre, á quien le oía explicaciones de toreo ecuestre.

El mismo Pinto me lo decía:—«Yo á los diez y ocho años sabía *montar el palo* lo mismo que un picador antiguo.»

Pinto se iba encariñando cada día más con la idea de ser picador y ganarse una reputación, palmas y dinero como se lo había ganado su padre; pero de esto no se le podía hablar al *señor* Juan, porque entonces montaba en cólera y amenzaba á su hijo. Callar le tocaba á éste y seguir cada vez más aferrado á su propósito, no desperdiciando ocasiones de tentar becerros y asistir á los encierros que se hacían para el Matadero público.

Pero llegó el momento de la decisión, dejando temores á un lado, y Antonio, que contaba ya veintidós años, fué terminante y explícito con su padre. La más redonda negativa fué la contestación que obtuvo, y entonces ya no aguardó á más. Tenía una novia á quien quería como suele querer la gente de campo, con *fatiguitas de muerte*, y se casó como un hombre que va en busca de su felicidad amparado por la bendición de un sacerdote que aspira á que con la prole se aumenten los ingresos de la parroquia, y de la hermosa epístola de San Pablo que á tantos le ha sabido después á rejalgár.

Ya estaba mi hombre *mancepípaio*—como dice el vulgo que no puede pronunciar la frase jurisperita—y Pinto salió á la plaza de Marchena el 24 de Junio de 1849 hecho todo un picador de toros y alternando con los acreditados de la cuadrilla del buen espada Juan Martín, *La Santera*; porque hay que advertir que Pinto no hizo papel de *reserva* en atención á que desde luego vieron en él un hombre capaz de llenar un puesto en tanda con los viejos y duchos en el arte.

¡Como que entonces no eran picadores los carreros, mozos de cordel ni mozos de plaza como ahora! Había que traer el arte en la sangre y en las enseñanzas del campo, porque, si nó, los toros de seis, siete y aun los de ocho años muy lucidos, muy gordos y con mucha *madera* en la cabeza, se encargaban de quitarle á cualquiera las ganas de comer carne vacuna.

La baraja que entonces había de picadores *maestros* era para que los noveles se achicasen; pero Pinto no era una improvisación y supo abrirse camino y llegar donde estaban los de primera. Para probarlo diré que trabajó con Manuel Trigo, *Cúchares*, Montes, Redondo, Juan Jiménez (*el Morenillo*), Cayetano Sanz, Isidro Santiago (*Barragán*), Juan León, Antonio Sánchez (*el Tato*), y, últimamente, con Antonio Carmona (*el Gordito*), Manuel Fuentes (*Bocanegra*) y José Sánchez del Campo (*Caraanca*).

¿Picaría toros de todas castas y edades el buen Pinto desde el año 1849 al de 1883 en que se retiró del toreo?

—Y de cogidas, ¿cómo está usted?—le pregunté yo en cierta ocasión.—«Oigasté—me contestó,—estoy mu castigao, y si fuera á relatá tóo lo que ma pasao había que llená un libro é coro de la catreá. Dos veces recuerdo que creí verle las barbas al Padre Eterno: una al caerseme er caballo de roillas en er momento de citá al toro. Se me arrancó y tuve güena vista pa fijarme cuando humillaba á tirarme er temporá y quité er cuerpo. La otra parecía á ésta en compromiso.

»De cornás tengo ocho mu gordas y diez y seis más leves; güesos rotos, dos; costillas rotas, las farsas der lao derecho; dambas cravicuras partías, y de porrazos mortales no igo ná; son como los mártires é Zaragoza.»

—Y sin embargo vive usted con tan buen color y sin faltarle pelos en la cabeza. Es usted de hierro.

—«Así será, porque no estoy en la sepultura dempués de tanto suceso. Mire osté—y decía señalando—ésta en el tobillo me la jiso el año 53 en Barcelona un toro de Ferrer; el 50, en Madrí, de una casa se me salió la cravicura dizquierda de su sitio; el 54, en la misma plaza y en una corría á beneficio de los jefíos de la revolución, me quebré el güeso de la cravicura erecha; el 58, en Salamanca, una corná en la caña de la pierna erecha; en Zaragoza, el 67, en las corriás der Pilar, otra corná en el tobillo derecho que estuve á la muerte; en el mismo lao llevé otra en Cádiz el 74 que me cortaron tres deos der tendón der músculo; el 76, en Salamanca, por Setiembre, una corná en la esparquilla erecha; en Sevilla me estropeó las costillas der pecho un toro de Saavedra; las costillas farsas, uno de Mazpule; en la mano, tres, cá una en las plazas de Valencia, Ubeda y Gijón; aquí en la boca, una que un toro de Saavedra me dió en Cádiz; en Albacete, dos costillas rotas; en Jerez, uno de Barbero me dió tamién en el tobillo. . . . .»

—No siga usted. Bastante es lo relatado para formar juicio de que no hay toro posible para inutilizarlo.

Esto, referido en 1877, cuando Pinto tenía cincuenta y un años, que después se aumentaron las cornadas con seis más, haciendo un total de 30.

Pero aquel hombre era excepcional, y una vez curado de sus heridas volvía tan campante y sereno á colocarse en el *terreno de la verdad*, porque para el bravo Pinto no existían las *habilidades* del cuarteo á caballo antes de castigar recia y duramente, ni desestribarse para caer de pié. Cuando

Antonio era vencido y caía, retumbaba la plaza, porque no dejaba la *reunión* al caballo; y ambas masas al choque sobre la tierra producían un golpe tan fuerte que la carne de los espectadores se ponía de gallina.

Como que era el continuador de aquella escuela de entrar en rectitud á la cabeza del toro, y si éste lograba metérsele bajo el caballo lo elevaba recto la fiera y la caída era de *latiguillo* en toda regla, recibiendo el golpe en la espalda el picador y sobre sí el caballo muerto ó herido. Pinto debía tener unos pulmones de diamante.

Hombre animoso y con una mano de castigo que metía el palo cuantas veces quería, haciéndole doblar el cuello á la res y poniéndola en fuga, cuéntase, por una persona que le oyó, lo que sigue:

Una tarde picaba un toro que engreído porque á otros picadores los había tumbado, quiso hacerlo propio con el cachazudo Pinto. Este no apretó de firme de primera intención, pero notando que le iba á ganar la mano, hizo un esfuerzo sobre la garrocha, y el animal, doliéndose del castigo, cede la viuda dió mucho que hacer; los bichos imponían por su fiero aspecto, se arrancaban de muy largo, y como á la bravura unían el poder de los kilos, los picadores trabajaron hasta salir molidos y la gente de á pié tuvo su miajita de asco, tomando no pocas precauciones. Aquella noche, en la fonda y sentados á la mesa, que presidía el espada *Gordito*, decía Pinto con toda su gravedad parsimoniosa: — «Caraaaa. . . amba, arre ayá »

Si mi memoria no me engaña, recuerdo que en 1880 se jugó en Córdoba por feria una corrida de toros de la Sra. Viuda de Barrionuevo. Los toros eran escogidos de verdad, con seis años, muchos kilos de carne y rizos abundantes en la frente y buenas armas de combate. Entonces ya era extraño ver toros de alzada, y los públicos, como los mismos toreros, se iban haciendo á lo recortadito, á lo fino y precioso del tipo de bisutería taurina que con éxito creciente cultivaban ciertos afamados ganaderos andaluces.

La lidia de los seis toros

carlos, como cuentan que por una apuesta hizo el famoso Corchado para demostrar que su brazo y su habilidad como jinete podían darle la victoria.

La maestría de Pinto era demostrable cómo y cuando él quería. Ya era viejo y se le dispensaba cualquiera falta que cometiese, pues con cincuenta y tres años y sus cornadas no había que exigirle mucho, y estoy seguro que el más animoso picador de estos tiempos y que se crea con mayores dotes no es capaz de hacer lo que practicó Pinto en la plaza de Málaga el día 16 de Julio de 1879 con un toro de D. Rafael Laffitte y Castro, llamado *Grajito* y lidiado el sexto. Montaba Pinto un buen caballo, de poder y ligero, que obedecía muy bien á la mano izquierda; con tan buen elemento podía lucirse, y en una arrancada que le hizo el toro cogióle con la puya por las mismas péndolas; el animal forcejeaba para acometer llegando al caballo, pero el viejo picador lo contenía y la vara iba penetrando hasta esconderse una tercia ó más de ella. En esta actitud, jugó la mano izquierda Pinto y puso el caballo al hilo de los tercios, vuelto el cuerpo hacia la res y sin sacar la garrocha; embistió de nuevo aquella, y entonces el caballo salió trotando; parábase el toro, y entonces lo hacía el caballo: y en estas alternativas se llevaron un tercio ó más de rueda el picador y el toro, hasta que se dió por terminada aquella suerte hermosísima retirando la vara el picador y quedando el toro parado. Regate como aquél no he visto otro que se le iguale ni parezca. El público hizo á Pinto una ovación como se merecía su habilidad y conocimientos.

Al año siguiente ví á Pinto en Granada y le recordé el lance, expresándole con cuánto gusto se lo aplaudiría si por la tarde, que había corrida, hallaba ocasión de repetirlo.

—«No, señó,—me dijo el bravo de Utrera,—pa eso se necesita un caballo tan güeno como aquel castaño y que el toro se preste.»

Era imperturbable ante las cogidas. Una tarde se hallaba entre barreras por haber trabajado los cuatro primeros de los ocho de Anastasio Martín que se lidiaron, hace ya veintitrés años, en la plaza de Málaga, cuando *Juaneca* caía tan al descubierto que fué á parar ante el toro *Monjito*, quedando á toda la extensión del cuerpo y boca arriba. Verle la fiera, arrancar y engancharle por la ingle,



ANTONIO PINTO

de la viuda dió mucho que hacer; los bichos imponían por su fiero aspecto, se arrancaban de muy largo, y como á la bravura unían el poder de los kilos, los picadores trabajaron hasta salir molidos y la gente de á pié tuvo su miajita de asco, tomando no pocas precauciones. Aquella noche, en la fonda y sentados á la mesa, que presidía el espada *Gordito*, decía Pinto con toda su gravedad parsimoniosa: — «Antonio, ¿ves que estamos machacaos?; pues así quisiera yo que fuesen toas las corrias, á ver si tanto pamplinoso como presume de picar se cortaba er pelo y no jablaba má en toa su vía de ponerse jierros y salí á las plazas.»

Si hoy viviese Pinto y viera los toritos de crema que salen por las puertas de los chiqueros, ¿qué diría?

Estoy seguro que se pondría medias de seda para pi-



todo pasó en un pequeño intervalo. Pinto, sin inmutarse, sin alterar el diapason natural de su voz, dijo:—«Dió te haya perdonao.»

Por fortuna, el asta derecha de *Monjito* resbaló entre los antes y el calzón de relleno ó embastado, y *Juaneca* pudo contar el lance que á muchos espectadores puso los pelos de punta.

De la soflama que gastaba cuando por cualquier incidente de su trabajo la tomaba con él cierta parte de la afición, hago memoria de lo ocurrido una tarde de corrida de feria en Sevilla. Comenzaron á darle la carga en los tendidos á la izquierda del Balcón del Príncipe, y Pinto, en vez de ir al toro, comenzó á dar paseos con el caballo por delante de cuantos le denostaban, llegando á pasar y repasar tantas veces y poniendo una cara de hombre de bien al mirar á los alborotadores, que al fin, ante aquella prueba de *pitorreo por lo fino*, concluyeron por callarse y dejarlo en paz.

Los ganaderos no salían muy satisfechos de la manera que empleaba Pinto para castigar á los toros; pero á él no le tenía con cuidado la crítica, porque decía:—«Si yo no miro por mis güesos, ¿cómo voy á acordarme de que le duela má ó menos los suyos á un toro? . . . Er que sea bravo que arrempuje, y así er ganaero tendrá parmas y güenas ventas.»

¿Para qué referir más hechos de tan buen lidiador? Los que lo conocieron y trataron saben que era una notabilidad como ginete, y particularmente como brazo derecho; pues sin ser más que un hombre de mediana estatura, pero la suficiente para llenar muy cumplida la batalla de una montura de plaza y abarcar con las piernas de hierro á un caballo, la anchura de sus espaldas y hombros, así como el pecho, denotaban las fuerzas de un Hércules.

Pinto falleció el día 17 de Diciembre de 1890 en su casa de Utrera.

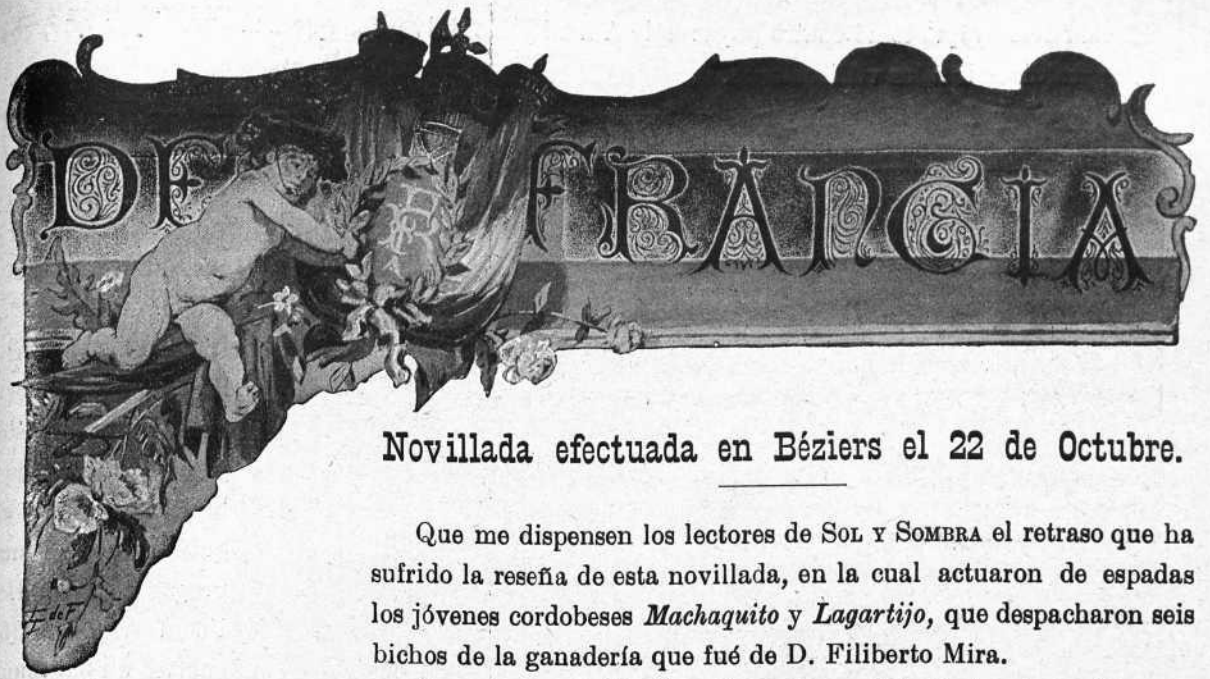
Cualquier zascandil de los que usan *coleta* tiene su panegirista cuando fallece; con Pinto no se usó ese canto á la posteridad. ¿Vale menos un picador maestro que un estoqueador adocenado? ¡Qué olvidos más injustos!

P. P. T.

Málaga.



Diploma remitido por el Club Taurino de Carcassonne al diestro Antonio Montes, su presidente honorario, pintado por el Sr. J. Ourtal.

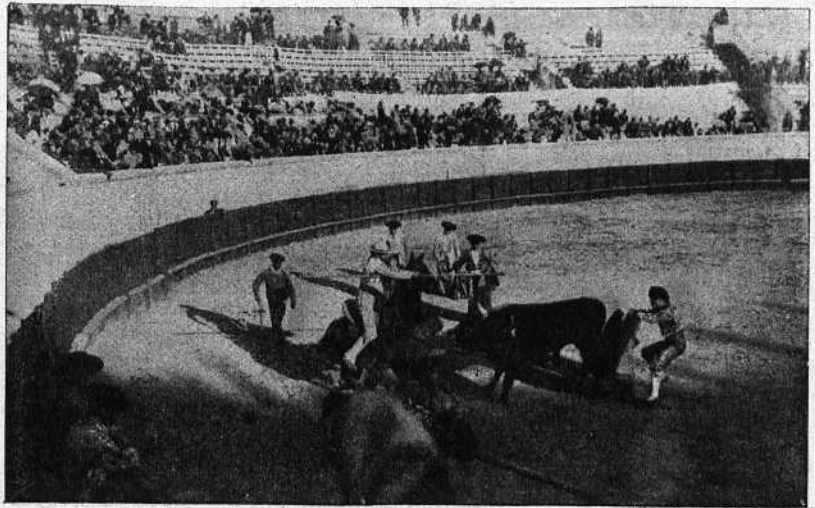


Novillada efectuada en Béziers el 22 de Octubre.

Que me dispensen los lectores de SOL Y SOMBRA el retraso que ha sufrido la reseña de esta novillada, en la cual actuaron de espadas los jóvenes cordobeses *Machaquito* y *Lagartijo*, que despacharon seis bichos de la ganadería que fué de D. Filiberto Mira.

Como tengo el afán de realzar el poco interés de mis escritos con la mejor información fotográfica, aparte del concurso de nuestro buen amigo el notable fotógrafo *bitterois*, Sr. Tarniquet, confié en un señor que durante la lidia fué mi vecino de localidad y tuvo la suerte de tomar instantáneas de una caída peligrosa y de la cogida que sufrió *Machaquito* en el quinto toro.

Cambiados los muchos ofrecimientos, el susodicho señor me prometió unas pruebas de las fotografías; y yo, en demostración de mi agradecimiento, molesté á los banderilleros para que le regalasen unos rehiletes y á los dos simpáticos diestros, para que se colocaran en pié frente al objetivo, para que dicho señor aficionado los retratase. Terminó la función; pasó tiempo y más tiempo, y como no he recibido nada, á pesar de una carta escrita por mí para recordar la promesa, doy esas noticias acompañadas de las fotografías del incansable amigo Sr. Tarniquet, y pidiendo á mis lectores perdón por la tardanza.



Un quite de *Lagartijo* al picador *Coriano*.

Los toros, fueron desiguales en presentación y condiciones de lidia. Hubo un toro verdad, el quinto, bravo, duro, de poder, que llegó noble á todos los tercios y de mazapán á la muerte.

El sexto, pegajoso, de poder y mucha voluntad, fué querencioso en banderillas y muerte.

El primero, cornalón y feo, de escaso poder, con alguna voluntad, pasó á banderillas y á muerte sin malas intenciones.

Los segundo y tercero, sin grandes deseos de cumplir, hubieran dado más juego con castigo más inteligente en el primer tercio.



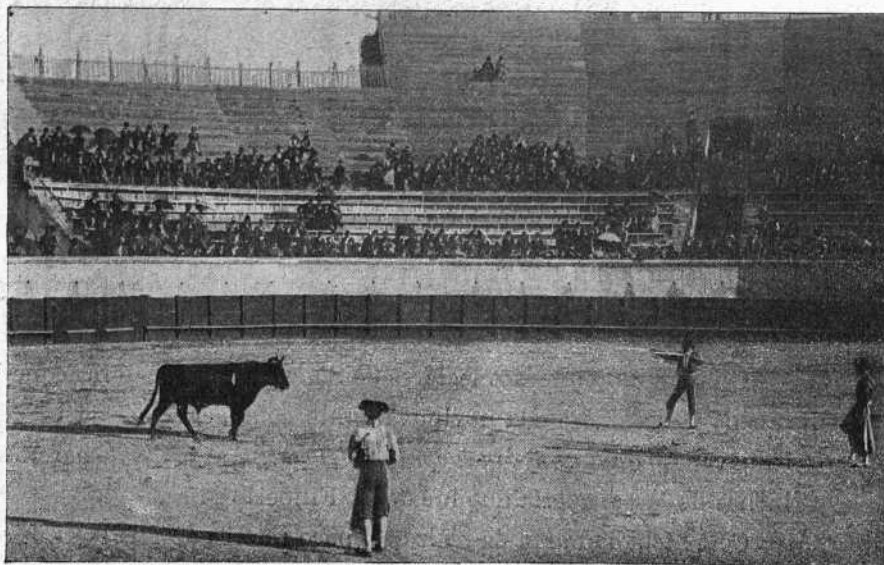
El cuarto toro, que tomó cuatro puyazos de Amaré y Montalvo, fué quemado no sé por qué, de seguro para divertir á los villamelones.

*Machaquito* y *Lagartijo* trabajaron con fe para conquistar aplausos. Intentaron con la capa todo

lo que podía dar gusto á la gente, como verónicas, largas, al alimón, etcétera, etc.

Con las banderillas, *Machaquito* demostró mucha vista y precisión, quebrando un par al quinto toro con una preparación estilo Fuentes. *Lagartijo* cuarteó un par magnífico.

Con la muleta, *Machaquito* pasó



*Manene* pareando.

bien á sus tres toros, aprovechando la nobleza del quinto para lucirse, con una faena magistral y muy bien rematada. Con el estoque, nada más que regular en los primero y tercero, y superior en el toro quinto, que mató entrando con mucha guapeza, y dejó un pinchazo en lo duro y una gran estocada en las mismas péndolas, teniendo la culpa de sacar el estoque al mismo tiempo.

Toreó al alimón al quinto toro, sufriendo una cogida aparatosa, de la cual le libró *Lagartijo* con mucha sangre fría y oportunidad.

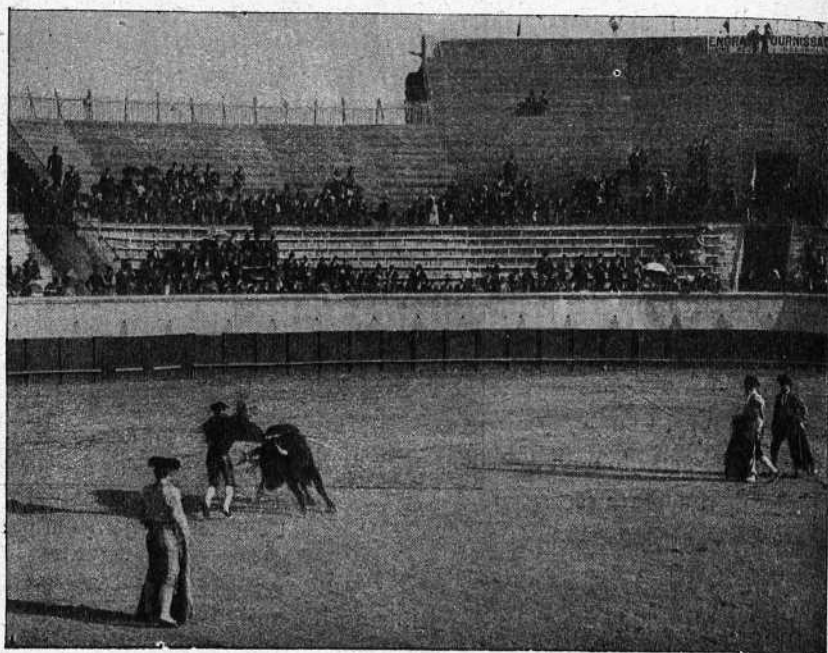
Coleó al toro tercero en una caída al descubierto de *Chico*.

*Lagartijo* pasó de muleta á sus tres toros con mucha finura y elegancia, sobre todo al segundo. La faena resultó lucidísima y

artística. Con el acero estuvo desgraciado en el segundo, necesitando cinco estocadas, entrando en la última con los terrenos cambiados. Se deshizo del cuarto con media estocada superior, de esas que acreditaron á su tío; en el sexto, entró las tres veces con verdad, conquistando aplausos y tomando lo alto. En los quites, muy oportuno.

Los banderilleros, cumplieron. Montalvo picó á toda ley los toros quinto y sexto.

(Instantáneas de Tarniquet, hechas expresamente para SOL Y SOMBRA.)



*Machaquito* muleteando al toro tercero.

# Novillada en Madrid.

---

A presenciar la que se efectuó en esta plaza el día 12 de los corrientes, concurren Sus Altezas el Príncipe Alberto de Alemania y su hijo. Y si el espectáculo resultó digno de tan ilustres espectadores, júzguelo el lector por la breve referencia que de él hacemos á continuación.

Se lidiaron seis toros: dos de Veragua, primero y sexto; dos de Udaeta, segundo y cuarto; y dos de D.<sup>a</sup> Carlota Sánchez, viuda de Tabernerero, jugados en tercero y quinto lugares.

Como matadores figuraron Juan Antonio Cervera, Cristóbal Fernández (*Pella*) y Juan Sal (*Saleri*).

EL GANADO.—Los dos toros del Duque, fueron pequeños: el primero hizo regularmente la pelea en varas, pero sin poder ni codicia, doliéndose al castigo; el último empezó buscando la salida y así continuó, defendiéndose en tablas y sufriendo á duras penas las varas necesarias para librarse del fuego.

Los de Udaeta resultaron buenos, bravos, duros y de cabeza; mejor lidiados, hubieran merecido nota de superiores.

Los de Tabernerero dieron juego, pero mostraron poca nobleza, sobre todo el tercero que achuchaba buscando la taleguilla á última hora.

LOS ESPADAS.—Cervera hizo lo que sabe y puede; mostró voluntad, como siempre; ejecutó algunos quites sin adornos, pero con oportunidad; sus faenas de muleta carecieron de lucimiento y eficacia, sin otro mérito que el de la brevedad. En el *haber* de este modesto matador debemos anotar dos ó tres quites que hizo de peligro y con mucha valentía, y la estocada con que dió fin del toro cuarto, que le resultó buena, entrando el diestro á herir por derecho, aunque arrancando desde lejos. En conjunto, cubrió su puesto, aunque como director de lidia *no nos resultó*.

*Pella*, con muchos deseos de agradar, derrochó el valor y más de una vez temimos verle enganchado en las astas; la Providencia y sus compañeros velaron por él, y gracias á eso echó fuera la corrida sin sufrir ningún deterioro. Con escasísimos conocimientos, hizo faenas muy medianas, sin la quietud conveniente, y después de varios pinchazos despachó al segundo con una estocada regular; propinó al quinto dos medias estocadas bajas y al segundo golpe descabelló.

*Saleri* toreó con mucho sosiego, se adornó con el capote, ejecutó algunos lances con mucha vista y no poca inteligencia, y con la muleta, aunque abusando algo, demostró una vez más que sabe lo que hace. El toro tercero, que le correspondió matar, por efecto de la pésima lidia llegó á sus manos poco y mal castigado, incierto, receloso y achuchando, por lo que el muchacho no pudo herir con desahogo; pinchó una ó dos veces, y viendo que el bicho *se las traía*, quiso asegurarle, y al efecto, entrando con mucha valentía, clavó una buena estocada, saliendo enganchado por el brazo derecho, en el que recibió un puntazo, leve por fortuna, y un varetazo; por lo que, una vez muerto el toro, pasó el diestro á la enfermería, no pudiendo continuar toreando.

Los tres matadores brindaron al Príncipe alemán la muerte de los toros primero, segundo y tercero, respectivamente, siendo obsequiados el día siguiente por el augusto viajero con tres valiosos alfileres de corbata.

Los picadores, como de costumbre, lo hicieron muy mal, mereciendo sólo ser consignados algunos puyazos de *Nene* y *Chanito*.

No estuvieron más afortunados los banderilleros, y sólo *Valencia* y *Rubito* pusieron algún par como el arte manda.

Bregando no sobresalió ninguno, y en cambio todos procuraron estorbar lo más posible.

La presidencia fué justamente *ovacionada* por precipitar el cambio de tercio en el toro quinto, que se fué sin picar. ¿Cuándo lograremos tener presidentes que sepan *ver toros*?

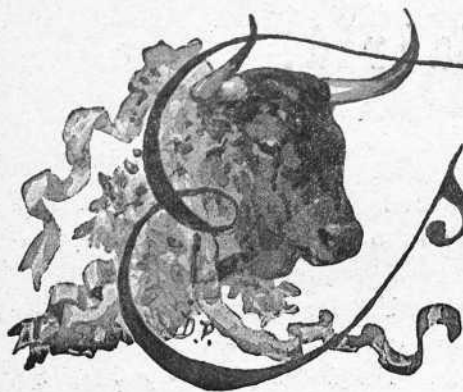
La entrada, para no perder.

La tarde, de otoño con vistas al invierno.

La corrida, en conjunto, no pasó de regular, resultando bastante pesada.

Y hasta otra.





# stafeta taurina



## IMPORTANTE

Hemos hecho y puesto á la venta una tirada especial de los últimos retratos de los célebres diestros

Luis Mazzantini,  
Rafael Guerra (Guerrita),  
Antonio Fuentes,  
Emilio Torres (Bombita)  
y José García (Algabeño),

publicados en los números 126, 130, 131, 135 y 136 de este semanario.

Dichos retratos, esmeradamente estampados en magnífica cartulina *Couché*, llevan al pie los autógrafos de los citados diestros y se expenden en la Administración de este semanario á los siguientes precios:

Madrid. . . . . 1 peseta ejemplar.  
Provincias. . . 1.25 id.

A los pedidos se acompañará el importe, *sin cuyo requisito no serán servidos.*

A nuestros Corresponsales de venta se servirán á 1 peseta.

Advertimos á éstos que *no se les admitirá la devolución de ejemplares que de dichos retratos nos pidan.*

Sevilla.—La última de la temporada, efectuada el 5 del actual, ha sido á beneficio de la hermandad religiosa *La Quinta Angustia*. Mucha animación, mucha bulla, banderillas de lujo, vistosas moñas regaladas por bellas señoritas y mucho abuso por parte de los revendedores. Se lidiaron seis *gatos* de D.<sup>a</sup> Celsa Fontfrede, que murieron á mano *airada* de los diestros *Algabeño chico* (?) y *Gallito*.

El ganado ha dejado mucho que desear, escurrido de carnes y mansos, á excepción del quinto, que fué todo un toro; también el tercero cumplió.

*Gallito*, como siempre en Sevilla, con la fortuna de cars; ha toreado con elegancia suma, marcando pases de verdadero mérito, y ha banderilleado admirablemente al bicho lidiado en cuarto lugar, matando bien en dos y mal en el sexto, á pesar de la dislocación de la muñeca,

En cuanto al *Algabeño*, éste es el mismo de siempre, un lidiador adocenado que jamás pasará de donde se colocó hace tres años cuando salió á torear en nuestro circo por primera vez; sólo posee valentía, y eso no es suficiente para ser torero. Estoqueando estuvo mal en todos los toros, y toreado de muleta hizo muy poco bueno; con banderillas, infernal.

En quites se hicieron algunos buenos: la gente cumplió, y la presidencia también, en la que se encontraban el Alcalde de Sevilla y los Tenientes de Alcalde Villagrán y Esquivias.

El *Gallito* brindó la muerte de su último toro á *Parrao*, siendo obsequiado con 100 pesetas por su *lucido* trabajo.—*Pesares.*

El notable escritor lusitano Santos Junior, *Santonillo*, ha publicado una interesante biografía y notas críticas referentes á la retirada de Rafael Guerra, *Guerrita* (dedicada á nuestro querido colaborador D. Luis Carmená y Millán), en la que el autor en estilo brillante expone sus opiniones y demuestra los profundos conocimientos que posee en materia taurina.

Forma el folleto un elegante volumen de 36 páginas, esmeradamente impreso, y se vende en todas las librerías al precio de 75 céntimos de peseta.

Con objeto de tomar acuerdos encaminados á limitar ciertas exigencias que algunos diestros imponen en sus contratos, y muy especialmente la que se refiere á la sustitución por otro del diestro que por herida ó enfermedad no pueda cumplir personalmente su compromiso, el día 10 del actual se reunieron en asamblea los empresarios de las plazas de toros más importantes de España y el extranjero, sin que pudieran adoptar resolución alguna definitiva, porque algunos de ellos tienen ya formalizados sus ajustes para la próxima temporada con anterioridad á la iniciativa de D. Vicente Serrulla, de Valencia, que ha sido el promovedor de la asamblea.

En vista de esa dificultad, convinieron convocar nueva reunión para el día 10 de Mayo de 1900, á la que serán invitados los diestros, ganaderos, dueños de cerrados y representantes de la prensa, á fin de buscar para lo sucesivo la forma de armonizar los intereses de todos con los del público, no menos respetables y dignos de todo género de consideraciones.

Forman la comisión nombrada al efecto los Sres. Serrulla, de Valencia; Niembro, de Madrid, y Santiuste, de Santander, que actuará como secretario.

Como creemos que la idea, bien desarrollada, puede ser muy beneficiosa para la afición, felicitamos á los asambleístas y les ofrecemos nuestro modesto apoyo para cuantos acuerdos adopten conducentes al mejor desenvolvimiento del arte.

*Tipos que fueron.*—Este interesante libro del reputado escritor Pascual Millán, del que tantos elogios hace toda la prensa, se vende á 1,50 pesetas en las principales librerías.

Nuestros abonados, exclusivamente, podrán adquirirlo en la Administración de este semanario al precio de 1 peseta los de Madrid y 1,50 los de provincias libre de gastos.